

Narrativa, experiencia y saber. Apuntes para una comprensión del campo educativo.

Narrative, experience and knowledge. Notes for an understanding of the educational field.

Gabriel Alejandro Álvarez Hernández¹

¹Universidad Pedagógica Nacional Unidad 096 Norte, email: gabo.alvarezh@gmail.com

Resumen: El presente escrito expone articulaciones conceptuales que giran alrededor de la narrativa en el campo educativo; primero la idea del tiempo vivido como una condición ontológica del sujeto y el punto de partida de la experiencia y la narración; luego una serie de ideas y reflexiones que permiten develar una irremediable implicación entre la experiencia y el saber; posteriormente la educación, la experiencia y el saber pedagógico como aspectos esenciales de la educación y punto central de las meditaciones pedagógicas; el cierre expone la necesidad de la biografización en el hecho educativo.

Palabras clave: Narrativa, experiencia, saber, saber pedagógico, educación.

Abstract: This paper exposes conceptual articulations that revolve around Narrative in the educational field; first, the idea of time lived as an ontological condition of the subject and the point of departure for experience and narration; then a series of ideas and reflections that allow us to reveal an irremediable implication between experience and knowledge; later education, experience and pedagogical knowledge as essential aspects of education and central point of pedagogical meditations; The closing exposes the need for biographical information in the educational event.

Keywords: Narrative, experience, knowledge, pedagogical knowledge, education.

Recepción: 20 de marzo de 2018

Aceptación: 27 de junio de 2018

Forma de citar: Álvarez, G. (2018). Narrativa, experiencia y saber. Apuntes para una comprensión del campo educativo. *Voces De La Educación*, 3(6), 3-15.



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License

Narrativa, experiencia y saber. Apuntes para una comprensión del campo educativo.

Narrativa, tiempo y existencia

“Queremos conocer, ante todo, por motivos prácticos; nos interesa saber porque, de lo contrario, no podríamos actuar ni, por ende, vivir.”

Luis Villoro

Desde los albores de la humanidad ha existido una fijación y un cuidado del tiempo por dos razones fundamentales: por supervivencia y poder preservar la especie y por trascendencia y lograr perpetuar las ideas, los saberes y la cultura. En ambos casos hay un concepto de tiempo, que desde tiempos remotos ha sido tema de discusión, en tiempos recientes Martin Heidegger (2005) ha logrado explicarlo en dos dimensiones: el tiempo fáctico de la ciencia y el tiempo vivido, de la existencia y la experiencia.

En el primer entendido de tiempo es a grosso modo la unidad de medida de los objetos en movimiento y en relación a otros objetos, por ejemplo, sabemos que el año tiene 365 días porque es lo que tarda la tierra en dar una vuelta completa al Sol, que cada día tiene 24 horas porque es lo que tarda la tierra en dar un giro completo sobre su propio eje; también sabemos que en el año hay cuatro estaciones: primavera, verano, otoño e invierno éstas determinan el clima durante un tiempo específico; sabemos que las antiguas civilizaciones para sobrevivir lograron poseer un conocimiento del cielo y las estrellas que les permitió paulatinamente el conocimiento de la agricultura y con ello el fin de una era sedentaria y el origen de la civilización. Hoy en día la astronomía afirma que el universo tiene aproximadamente 13,800 mil millones de años; la tierra, el lugar de nuestro habitar, tiene 4,543 millones de años y el hombre moderno unos 190,000 años; un ser humano en la actualidad vive en promedio 79 años según las estadísticas; entendida así, la vida humana es tan sólo un momento diminuto, un instante minúsculo en el infinito pasar del tiempo, un parpadeo, un relámpago; el tiempo de la vida es un santiamén vista objetivamente.

Para lo que algunos es un santiamén para otros puede ser una eternidad y viceversa una y otra vez; un instante desafortunado por su naturaleza cruel se puede vivir como una eternidad, deseando pase tan pronto como sea posible e incluso sea borrado de la memoria; por el contrario, un evento alegre y bienaventurado puede que quien lo esté viviendo lo anhele como un instante eterno; la muerte de un ser querido puede ser un acontecimiento tan intenso e imborrable de la memoria como el nacimiento de un hijo, estos son dos eventos equidistantes signados por la idea de la vida y la muerte pero que pueden ser igualmente intensos e inscritos irremediabilmente en nuestro ser.

La percepción del tiempo cambia según lo que se vive y quién lo vive; una frase popular como “esta vida no es vida” marca que una experiencia vivida en el preciso instante puede ser algo tan tortuoso y que la esfera biológica que nos compone pierde sentido, por el contrario, decir “esto es vida” demuestra que hay momentos tan apreciados y bienvenidos que expresan lo grato que puede ser la vida, desear que un instante dure para siempre no hace otra cosa que develar lo efímero del tiempo vivido; en cualquiera de los casos, la experiencia

deja una marca, hay un cambio, una transformación, en cierta medida la percepción del mundo cambia y la postura que se toma ante los textos de la realidad y las lecturas que se hacen ya no son las mismas de antes. Entendido así el tiempo, es el tiempo de la vida, de las experiencias, el tiempo subjetivo, ya no es lo que dura un instante en cuanto segundos/minutos/horas/días... sino cómo lo apreciamos según, entre otras cosas, nuestros gustos o disgustos más profundos “El existente humano parte tanto del pasado –lo que aquí y ahora es- como del futuro –lo que puede llegar a ser. No interesa el tiempo abstracto de la física, sino el tiempo para –para lo posible.” (Fullat, 2002, p. 33).

Heidegger (2005) no duda en afirmar que somos entes radicalmente finitos, nuestro ser se va acercando hacia la muerte, hacia la posibilidad de lo imposible decía el filósofo alemán, somos consciente de que el tiempo nos va llevando hacia la muerte, revelando la condición existencial del ser humano como ese ente que se problematiza, que está vaciándose constantemente para tratar de entenderse, como un ente crístico por naturaleza ontológica. El tiempo, para el ser humano es condición y parte de éste, elemento sustantivo para la vida, para la existencia; y es el tiempo, o mejor dicho la temporalidad de nuestro ser, lo que nos empuja a sobrevivir y a trascender y es el lenguaje lo que va a permitir que esto suceda. Por otra parte, somos sujetos de tiempo, pero también somos sujetos de espacio, habitamos y hacemos nuestras historias en un sitio, la existencia es *estar* en el mundo, y el mundo es según Heidegger: “[...] «mundo» no significa en absoluto un ente ni un ámbito de lo ente, sino la apertura del ser. [...] el hombre está «en» la apertura del ser. «Mundo» es el claro del ser, en el que el hombre está expuesto por causa de su esencia arrojada” (2006, p. 68). El espacio-tiempo se concibe, pues, como el lugar de apertura de la existencia, desde ahí hacemos nuestras historias, el acontecer de nuestra presencia.

El valor que ocupa la narrativa en esta guisa ontológica es de re-conocimiento de nosotros mismos, un intento tempestuoso por hacer de nuestra posesión los eventos que ocurrieron y darle un giro a nuestra existencia, una comprensión de sí a través del relato de aquellos sucesos que fueron reveladores, “Cuando queremos adueñarnos de nuestra vida, la narramos.” afirma Delory-Momberger (2009, p. 38). El valor de la palabra, de la palabra hilvanada con otras en un relato, un cuento o una historia, se cobra en el momento en que se logra identificar un mundo de significados, de aspectos que, si bien están inscritos en la mente de la persona y en su historicidad, nos brindan también un dibujo de un mundo externo que obtuvo sentido a partir de las lecturas e interpretaciones de los textos de la realidad. Se puede decir sin titubeo que la narración es vida y que quien la hace no sólo expresa palabras huecas, sino que en éstas van aspectos sustanciales de la experiencia vivida; la narración es el comienzo de la construcción personal pero además es la relación de construcción que hay entre una persona en reciprocidad con otras personas, y es además la cultura que le subyace, pero no una cultura que le fue depositada, sino una cultura resignificada y que cambia en esa dinámica interna de relación con el mundo al estilo de la *Bildung* de Gadamer (1993).

Cada sujeto sienta en su biografía una idea de mundo en una narración y ésta “[...] modela no sólo un mundo, sino también las mentes que intentan darle sus significados.” (Bruner, 2002, p. 47). Narrar es hacer de nuestra experiencia la posibilidad de un devenir personal, del re-conocimiento, de la develación de una persona transformada, de una vida que ya no puede ser igual y que exige e impone un cambio interno, un cambio a veces evidente, otras más escondido, pero siempre algo diferente, algo alterado, la experiencia abraza como uno de sus principios la alteridad, pues la experiencia es de algo externo “De hecho, en la

experiencia, el sujeto hace la experiencia de algo, pero, sobre todo, hace la experiencia de su propia transformación” (Skliar & Larrosa, 2009, p. 16).

La existencia humana no es un estar aislado, sino es la relación continua con los demás, relación en la que se da la guisa narrativa, la relatoría de la experiencia, la exposición de un mundo en un relato, historia, cuento o cualquier forma de expresión, es el encuentro de mundos, cada uno como configuración de significados. Hacemos narrativa de nuestra existencia, somos esencialmente narrativa; relatamos, contamos, hacemos historias, a veces nuestras y a veces no, pero siempre arrojados, proyectados ahí, y es la organización de una realidad.

En sentido amplio, podemos decir que los humanos, en su relación con los demás y consigo mismo, no hacen más que contar/imaginar historias, es decir, narrativas. Es, entonces, tanto un modo básico de pensamiento, de organizar el conocimiento y la realidad. Las propias culturas se han configurado y expresado por medio de narrativas que, al tiempo, han servido para dar una identidad a sus miembros (Bolívar *et al.*, 2001, p. 19).

El valor de la narrativa se conforma en un campo de comprensión que incorpora el trabajo de re-conocimiento y de construcción de la identidad por parte de quien relata su historia, es un proceso de biografización que añade una hermenéutica, una interpretación y comprensión de sí, donde el autor encuentra y afirma su inscripción al mundo, de manera que contribuye activamente a la edificación de un espacio-tiempo, pero a su vez a la resignificación.

Los procesos de biografización atraviesan una hermenéutica que se desglosa en la medida en que relatar es a su vez la construcción de un significado de la experiencia y con eso el reposicionamiento en el espacio-tiempo y en la relación con los demás; es la experiencia vivida la que da cuerpo al relato, como un elemento vertebral que permite entender que las narrativas son vida y la posibilidad de cambio y transformación del autor, donde además de estar su reflexión de la experiencia, se expresa una historia y una cultura colectiva. Hacer la historia personal es la configuración de una experiencia o conjunto de experiencias vividas como aspectos vitales, cuyo palpitar es la resonancia de una persona implicada culturalmente en una comunidad y una historia.

Esa actividad de *biografización* aparece así como una *hermenéutica práctica*, un marco de estructuración y significación de la experiencia a través del cual el individuo se tribuye una figura en el tiempo, o sea, una *historia* que remite a *sí mismo*. Esos espacio-tiempos biográficos no son, sin embargo, creaciones espontáneas, nacidas únicamente de la iniciativa individual: llevan la marca de su inscripción histórica y cultural, y tienen origen en los modelos de figuración narrativa y formas de relación del individuo consigo mismo y con la comunidad, elaborados por las sociedades a las que pertenecen (Delory-Momberger, 2009, p. 31)

Entendemos hasta aquí que el ser humano se incrusta en el tiempo, lo vive, lo hace parte y condición de su existir; que hay una condición ontológica que se expresa en narrativa, donde esa actividad de hacer relato, historia, cuento, etcétera, es tanto para apoderarse de la historia personal y darle un significado y sentido a la existencia, como también es una expresión histórica y cultural; las narrativas se robustecen sustancialmente de experiencia vivida, que

son esas contingencias la medida en que se formula la posibilidad de hacer el discurso; la experiencia es un concepto lleno de vida, elemento sustantivo del hombre en su devenir.

Hacemos narrativa de nuestra historia, la narrativa es la medida en que logramos apropiarnos de nuestras experiencias y hacer una construcción personal de lo que somos en el mundo, de nuestro pasado, las posibilidades del presente y futuro; el devenir de nuestra historia, el narrarla, es la posibilidad de comprensión de sí, y a la vez, el chance de hacer de nuestra existencia algo significativo “La narrativa es quien da una historia a nuestra vida: uno no narra su vida porque tiene una historia; uno tiene una historia porque narra su vida.” (Delory-Momberger, 2009, p. 102). La historia de vida, esa que nos permite posicionarnos, entendernos y decidir antes las posibilidades que se despliegan ante nuestros ojos, es a la vez un conjunto de experiencias, la historia personal no es una suma total de un tiempo continuo, no es una gran situación, sino son contingencias, escenarios específicos, que uno a otro fue dando cuerpo a lo que somos, es la experiencia propiamente lo que queda en el arca del recuerdo, la experiencia es sustantiva en la narrativa.

Implicación experiencia y saber

La experiencia, como dice Larrosa “[...] es lo que nos pasa, o lo que nos acontece, o lo que nos llega. No lo que pasa, o acontece, o lo que llega, sino lo que nos pasa, o nos acontece, o nos llega” (Larrosa, 2003, p. 87), la experiencia como esas contingencias que nos mueven, que en lo íntimo de nuestra persona algo se conmovió, acaeció y se impresionó; la experiencia como esa ráfaga que llega inesperada, como ese toque que por su intensidad hizo vibrar nuestro cuerpo; la experiencia, como esa dislocación de lo mismo, la sorpresa innata de algo inesperado; la experiencia como ese instante único e irrepetible, eso que se vivió y destacó por su intensidad y que jamás se repetirá pero que queda tatuado en nuestro interior; la experiencia como eso que se suma a otras experiencias nos deja un saber, se aprendió algo, una herramienta que nos permite un recurso más para afrontar la vida; la experiencia está en íntima asociación con el saber, uno y otro impensables de manera separada, unidos por el recuerdo, por la subjetividad que sostiene y adviene su propia historicidad. La experiencia es eso que nos pasó, que dejó huellas, saberes que se acumulan en pozo hondo de sabiduría, la experiencia es eso que transforma a quien la vivió, un tránsito a veces gozoso y a veces doloso a un lugar donde ya nada se ve igual, la mirada y la forma en la que vivimos cambió de algún modo hasta entonces extraño.

La experiencia es, además, como un lugar oscuro, esto porque ese momento en el que se vive es en general algo desconocido, algo que escapa a la luz de nuestro conocimiento, es una aventura que al ser desconocida conlleva miedo, y el miedo a lo desconocido es el más antiguo de todos los miedos en la humanidad dijo H.P. Lovecraft; hay incertidumbre, perplejidad y es en el fondo una disputa interna, una duda sobre las posibilidades que se despliegan, los caminos posibles a seguir; es un instante que nos demuestra lo mórbido que puede ser la existencia, lo inestable y frágil; en la experiencia nos encontramos con lo ajeno, lo impropio, lo impersonal y por tal razón escapa momentáneamente de nuestras manos, se escapa como arena entre las manos, y luchamos por conservar tanto como sea posible y por eso, entre otras razones, la narramos. En la experiencia el contacto con lo ajeno es hacerlo con lo desconocido, con una parte de nosotros que hasta ese momento no es distinguida sino un lado inexplorado.

La experiencia, como afirma Delory-Momberger (2014, p. 696) se configura, primero, del reconocimiento de formas de adquisición del saber que son diferentes a las maneras académica y teórica; segundo, porque contiene una relacionalidad, es decir, de experiencias que se encuentran unas a otras; tercero, porque hay aprendizajes, estos contribuyen a lo que podríamos llamar un acervo de recursos para las distintas situaciones de la vida; y cuarto, porque hay una suerte de reconocimiento de uno mismo, de re-conocernos, en el camino de la existencia. La experiencia es, siguiendo a la misma autora, determinante en cierto grado a la formación del sujeto.

Por su parte Larrosa (2006) enuncia que hay seis principios de la experiencia: el primero, exterioridad, alteridad y alineación; segundo, subjetividad, reflexividad y transformación; tercero, singularidad, irrepetibilidad y pluralidad; cuarto, pasaje y pasión; quinto, incertidumbre y libertad; y sexto, finitud, cuerpo y vida. En la experiencia se da un acontecimiento de algo que no soy yo, algo ex/terior a mí, el mismo “ex” que se incorpora a la ex/periencia, es un algo ajeno, que altera y aliena; porque la experiencia supone una dinámica subjetiva y estrictamente subjetiva, hay reflexión cuando sabemos que la experiencia es un movimiento de ida y vuelta, un salir de nosotros al encuentro de eso otro para volver a esas afectaciones, a esas transformaciones, aberturas a un yo distinto; hay singularidad en el momento en que es un acontecimiento único, irrepetible porque jamás hay una experiencia que se repita idénticamente, siempre hay algo impar y plural, porque cada quien tiene su experiencia; pasaje y pasión tiene que ver con el movimiento de la experiencia, con el pasar de eso que me pasa; hay incertidumbre, pues la experiencia contiene algo o mucho de improviso, de inoportuno, inesperado, contingente, porque la experiencia no entra en la planeación, la previsión, es libre; por último finitud, cuerpo y vida porque:

La experiencia suena a finitud. Es decir, a un tiempo y a un espacio particular, limitado, contingente, finito. Suena también a cuerpo, es decir, a sensibilidad, a tacto y a piel, a voz y a oído, a mirada, a sabor y a olor, a placer y a sufrimiento, a caricia y a herida, a mortalidad. Y suena, sobre todo, a vida, a una vida que no es otra cosa que su mismo vivir, a una vida que no tiene otra esencia que su propia existencia finita, corporal, de carne y hueso (Larrosa, 2006, p. 110).

En esta configuración de la experiencia, tanto en Delory-Momberger (2014) y Larrosa (2006) se distinguen elementos que conducen a lo humano, a un espacio de vida, de contingencia, de reflexión, confrontación, de aprendizaje, saber y transformación entre otras tantas.

La experiencia como ese pasaje que nos lleva a un espacio nuevo o distinto de nuestra existencia, distingue esa cualidad humana de hacer de las contingencias de la vida un elemento sustancial de cada cual; es además el crear un discurso que nos permita entender lo sucedido y nuestra protagonización en el acto, las circunstancias como se dieron y las posibilidades que fueron desechadas, las decisiones con todas sus consecuencias con las reminiscencias de lo que fue y que no habrá chance de cambiarlo, de hacer diferente o distinto lo que ya se vivió, queda tal cual, en el corolario de nuestra historia.

En esta comprensión de la experiencia se vislumbra una derivación humana con el saber, una derivación que como señala el título de este apartado dada entre la experiencia y el saber, pero no en una relación mecánica, sino de implicación, ésta como señala Agnes Heller “sentir significa estar implicado en algo” (1999, p. 15), pues el saber y la experiencia se implica en

el sentir, el sentir de cada quien que lo apodera en su interior. El sujeto de la experiencia es el sujeto en cuya transformación se produjo un saber. El saber es indisoluble de la experiencia, inseparable e impensable sin ésta, donde hubo un sujeto que vivió una experiencia hay en consecuencia un saber que de ahí se desligó. El saber, además, es de la vida, con la vida y para la vida; el saber es cómplice de la experiencia. También se puede decir que el saber es ese algo que se aprehende personalmente, que se posee íntimamente, a veces celosamente; pero el saber, aun cuando es propiedad personal, hay la posibilidad de compartirlo, de hacerlo del dominio de otro o de otros, en medida que se narra una experiencia, que se relata lo vivido, es que el otro que escucha tiene esa posibilidad de vivir imaginativamente lo mismo, de acercarse hasta cierto punto al saber de ese relator, a la esencia del saber “Particularmente, a través del trabajo de formalización operado en la escritura, la experiencia puede transformarse en saberes transferibles a otras situaciones y transmisibles a otras personas, doble condición de su validación social.” (Delory-Momberger, 2009, p. 97).

En las escuelas se encuentran fundamentalmente profesores y alumnos, cada uno en su acontecer hacen experiencias, experiencias de enseñanza y aprendizaje, experiencias formativas, donde los saberes se despliegan de modo dinámico en el encuentro con el otro, ambos actores intercambian saberes, sentidos y significados, las consecuencias son sujetos que se apropian y se transforman. En esta guisa humana, de la otredad, se formula una premisa: la del saber pedagógico.

Educación, experiencia y saber pedagógico

La educación es un espacio de encuentro, de otredad, un lugar que en su naturaleza humana disloca toda concepción totalitaria de la misma desde una ideología técnico-instrumental; es un lugar, un espacio amplio de realización de experiencias y construcción de sentidos y significados, pero es además el habitar de un profundo cuestionamiento por lo propiamente pedagógico, por la duda sobre el acto educativo en sí y que revela la inquietud por las consecuencias de los actos que van dirigidos a los estudiantes. La pedagogía de la educación de los niños y jóvenes nos enseña algo “Simplemente esto: la pedagogía es a la vez algo complejo y sutil. Es la capacidad de distinguir activamente lo que es apropiado de lo que es inapropiado para los niños y los jóvenes.” (Van Manen, 2004, p. 15). Pensar lo educativo como ese sitio de experiencias, es abrir el abanico de las posibilidades ante las situaciones educativas, es develar los saberes que subyacen la acción pedagógica ejercida por un profesor a sus alumnos.

Por eso, necesitamos pensar en la tarea educativa en cuanto experiencia, esto es, como acontecimiento singular que es vivido y significado subjetivamente, que no se deja generalizar fácilmente, que impregna nuestro ser y que deja siempre abierta la pregunta por el sentido, por el significado, por el valor de aquello vivido. Pensarla en cuanto experiencia es además una apertura de lo que acontece, un aceptar lo inesperado, un preguntarse por lo que realmente ha pasado y qué ha hecho en nosotros o en otros (Contreras, 2011, p. 24)

Siguiendo al mismo autor, pensar lo educativo como experiencia es asumir con ánimos y entusiasmo la tarea pedagógica como un acto humano que incorpora necesariamente la experiencia y el saber; como consecuencia, es dejar que lo que acontece en las escuelas son acciones humanas que tocan y nos tocan en lo hondo de nuestro ser. Las manifestaciones

sobre lo educativo han estado históricamente y durante demasiado tiempo tildadas por la ciencia, como un intento a veces necio por explicar lo educativo en términos de teoría y práctica, con ese ánimo positivista de explicar desde la panóptica del conocimiento científico, como Fernando Bárcena afirmó: un totalitarismo epistemológico y metodológico propio de un discurso dominante sobre la educación (Bárcena, Larrosa, & Mélich, 2006). La experiencia, a veces encubierta e invisibilizada por la retórica tecno-científica, es a su vez elemento esencial en la vida cotidiana de las escuelas, es a su vez el despliegue de un saber, saber que nos permite el reconocimiento de un acto educativo allanado a lo humano, es la inquietud por la acción pedagógica y sus posibles consecuencias en la formación de los estudiantes; la experiencia es saber, lo pedagógico se nutre de este binomio indisoluble “El saber no puede desligarse de la experiencia; necesita mantenerse en relación íntima con ella, porque es de ahí, de la experiencia, de donde nace la inquietud pedagógica, la pregunta por el sentido y por lo adecuado.” (Contreras, 2011, p. 25).

Narrar la experiencia y derivar los saberes es tan difícil y a veces imposible como intentar tomar un puñado de aire y llevarlo al otro para que de igual modo lo tome y lo haga suyo; no se puede llevar un puño de aire, lo cierto es que a cada cual que toco el aire y cerró el puño le quedó la sensación de haberlo vivido, y es eso lo que se narra: el recuerdo “[...] las historias se cuentan y no se viven; la vida se vive y no se cuenta.” (Ricoeur, 2009, p. 43). La experiencia y los saberes son aspectos característicos de la vida, no se puede diseccionar un ser humano para extraer su experiencia y su saber; esto no quiere decir que no podamos acercarnos a las experiencias y los saberes del otro, tampoco es una renuncia a la posibilidad de comprender al otro y comprendernos a nosotros mismos, es, por el contrario, una invitación y al mismo tiempo una provocación para volver a un elementos tan esencial con el que contamos: el lenguaje; pero no el lenguaje de la ciencia, sino el lenguaje de la vida, porque somos esencialmente narrativa “[...] el lenguaje no es sólo algo que tenemos sino que es casi todo lo que somos, que determina la forma y la sustancia no sólo del mundo sino también de nosotros mismos, de nuestro pensamiento y de nuestra experiencia, que no pensamos desde nuestra genialidad sino desde nuestras palabras, que vivimos según la lengua que nos hace, de la que estamos hechos.” (Bárcena, Larrosa, & Mélich, 2006, p. 242).

La narrativa y la educación enuncian McEwan y Egan (1998), encuentran un espacio de íntima relación en el campo de la enseñanza, el aprendizaje y la investigación; la primera porque suele ser una herramienta de profesores en la enseñanza de contenidos curriculares, en la articulación y ensamble de contenidos en una narrativa que los lleve a terreno de lo concreto, en esa mirada de referentes abstractos, en algo materializado pero sobre todo vivido; en la segunda porque la narrativa abona a la visión que se tiene de los estudiantes, de los procesos que viven para la aprehensión de contenidos y la construcción de aprendizajes develando aspectos cognitivos; la tercera, porque en la narrativa se encuentra la posibilidad de acceder a la enseñanza y la investigación de la enseñanza.

Resumiendo, es evidente que la narrativa tiene implicaciones profundas con la humanidad, pues nos muestra aspectos de su desarrollo histórico, donde se circunscriben sus actores, aquellos que vivieron en un tiempo y espacio y que lograron hacer experiencias y saberes que demuestran una visión de la realidad y un posicionamiento frente a las contingencias; en la narrativa, el acto mismo de hacer el relato en un discurso, está la posibilidad de la comprensión de sí como una construcción de la identidad personal que dota de un conocimiento personal profundo, evidenciando esa capacidad de transformación inacabable

que nos constituye; en educación, tanto en una comprensión del medio como en dimensiones pedagógico-didácticas la narrativa se erige como un elemento neurálgico de la educación.

La educación y la narrativa se encuentran en ese momento en el que la escuela se convierte en el espacio de humanización, donde las historias se topan y contribuyen a la realización y transformación personal, la humanización como tal (Domingo & Mella, 2008). La educación y la narrativa en una dinámica donde la acción humana confiere a la creatividad, la improvisación y la imaginación un espacio privilegiado, sustancial de la existencia; cuando se logra entender que la experiencia humana se estructura de narrativas, donde la temporalidad se abre como el espacio de las posibilidades, de la existencia y de la realización que no se detiene sino hasta la muerte. La educación es un lugar de experiencias, un espacio de encuentro de subjetividades, de historias y narraciones.

Lo pedagógico contempla las relaciones entre un profesor y un alumno, o en otro espacio de acción entre un padre con su hijo, un mayor con un menor, de alguien que intenta abonar a la formación del otro de algún modo, en ese “algún modo” se despliegan acciones, lo pedagógico está en los sentidos del acto sobre el otro y el cuestionamiento mismo sobre los alcances formativos que pueden o no tener en ese aprendiz, en las consecuencias para su vida; la pedagogía, pues, reside en aquello que hace de una acción pedagógica o no (Van Manen, 2003).

Las escuelas son esos espacios donde las subjetividades se encuentran, las experiencias se hacen en complicidad, profesores y estudiantes se encuentran e implican con el pretexto de la educación, una educación que trasciende las visiones tecnocientíficas que intentan predecirlo para ser entonces un espacio en cual habitar, el sitio de la existencia y la formación humana.

En pleno siglo XXI, donde los discursos dominantes sobre lo educativo se tildan de científicos e intentan de un modo apodíctico intervenir sobre la educación, respondiendo a principios eminentemente empresariales como la calidad, la eficiencia y eficacia, emerge la necesidad y emergencia de volver las miradas a las personas que confluyen en las escuelas y que son los protagonistas de un fenómeno por naturaleza humano: la educación.

A manera de cierre:

Mi maestra, la señorita Gloria, nos dijo algo una vez que nunca se me olvidó. En clase de costura una de las muchachas le preguntó que si no pensaba casarse. Ella enrojeció y dejó su tejido por un momento para contestar: —Sí, claro, todas nos tenemos que casar algún día. —Felipa López se atrevió aún más: —¿Y usted nunca se ha enamorado, señorita? —La señorita Gloria trató de sonreír y contestó: —El amor es muy bonito pero yo no me creo. El amor es como una estrella. Primero es como una lucecita que se va encendiendo, va tomando brillo; después sube otro poco y se enciende más, cuando llega a su clímax está más brillante y más grande; luego se va alejando y poco a poco se va apagando. Ustedes nunca deben creerse de jóvenes que les dicen «te quiero». Deben tener cuidado y no lanzarse a lo desconocido. Muchos hombres son mentirosos y no debe uno creerles. —Eso nunca se me olvidó. Ahora creo yo que tal vez a eso se deba que cuando tuve novios nunca me dejé engañar, pues mientras ellos me decían: «te quiero», yo por dentro repetía y me daba mucha risa: «No te creas, no te creas.» (Lewis, 2012, p. 159).

La protagonista del anterior relato se llamaba Consuelo, quien participó junto con el resto de su familia en una investigación antropológica que realizó Oscar Lewis en los años cincuenta del siglo pasado con familias urbano marginadas de la Ciudad de México; Consuelo al momento de vivir lo arriba narrado tenía 13 años, una edad representada entre otras cosas por la curiosidad sobre el amor y todas sus consecuencias, recalcar esa edad y su relevancia en las personas explica por qué la misma Consuelo acepta que después de haber escuchado eso de su maestra adoptó la postura de duda y escepticismo con relación a un hombre que se asume como potencial pareja, en el juego del cortejo y el flirteo.

Este relato también nos devela que en muchas ocasiones las relaciones entre una maestra y sus estudiantes trasciende la enseñanza y aprendizaje como una actividad unívoca y cuadrada, nos demuestra que el profesor es una persona con experiencias personales que pueden en determinado momento ser objeto de enseñanza, por su parte los estudiantes potencialmente pueden aprender eso y no sólo los contenidos del programa de la escuela. Ser profesor y estudiante es desplegar experiencia de vida, cultura, creencias, ideología, sentimientos, afectos y una serie de elementos constitutivos de todo ser humano, la educación es una actividad humana y de humanización, la pedagogía se pregunta entre otras cosas por esas implicaciones y las consecuencias o posibles consecuencias formativas en los sujetos de la educación.

“La narración no sólo expone la manera en que se dan las relaciones entre personas, la exposición de sus experiencias, sino que además demuestra aspectos más amplios de una cultura y una sociedad, son el reflejo de un contexto y la denotación histórica, son condición ontológica y recursos culturales” (Sparkes & Devis, 2007, p. 49). Las biografías de profesores, estudiantes y todos quienes han entrado en la historia de las instituciones educativas, son genealogías de un contexto (Bolívar, 2014, p. 714), pues son parte y consecuencia de un entramado de significados que se constituyen en los albores de la existencia en un lugar singular de encuentro y desencuentro como lo son las escuelas.

La narrativa, como recurso metodológico, permite encontrar aquellas implicaciones que existen entre lo que se diseña e instrumenta en las instituciones y sus dinámicas relaciones en la práctica cotidiana con las personas que lo viven. Entrar en una labor de biografización es propiamente entrar en el camino de la comprensión, de las experiencias, saberes, sentidos y significados que entran el hecho educativo y develan las reflexiones pedagógicas más profundas e incisivas.

Referencias Bibliográficas

- Bárcena, F., Larrosa, J., & Mélich, J.-C. (2006). Pensar la educación desde la experiencia. *Revista portuguesa de pedagogía*, 40(1), 233-259. Obtenido de <http://iduc.uc.pt/index.php/rppedagogia/article/viewFile/1157/605>
- Bolívar, A. (2014). Las historias de vida del profesorado. Voces y contextos. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 19(62), 711-734. Obtenido de <http://www.scielo.org.mx/pdf/rmie/v19n62/v19n62a4.pdf>
- Bolívar, A., Domingo, J., & Fernández, M. (2001). *La investigación biográfico-narrativa en educación. Enfoque y metodología*. Madrid: Editorial La Muralla, S.A.
- Bruner, J. (2002). *La fábrica de historias: Derecho, literatura, vida*. Argentina: FCE.
- Contreras, J. (2011). Experiencia, escritura y deliberación: explorando caminos de libertad en la formación didáctica del profesorado. En A. Alliaud, & D. Suárez, *El saber de la experiencia: narrativa, investigación y formación docente* (págs. 21-60). Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires; Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- Delory-Momberger, C. (2009). *Biografía y educación. Figuras del individuo-proyecto*. Buenos Aires: CLACSO.
- Delory-Momberger, C. (2014). Experiencia y formación. Biografización, biograficidad y heterobiografía. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 19(62), 695-710. Obtenido de <http://www.scielo.org.mx/pdf/rmie/v19n62/v19n62a3.pdf>
- Domingo, T., & Mella, P. (2008). Notas para pensar la educación en términos narrativos. *Cuadernos de pedagogía universitaria*(10). Obtenido de <http://cuaderno.pucmm.edu.do/index.php/cuadernodepedagogia/article/download/86/85>
- Fullat, O. (2002). *Pedagogía existencialista y posmoderna*. España: Síntesis.
- Gadamer, H.-G. (1993). *Verdad y método*. España: Ediciones Sígueme.
- Heidegger, M. (2005). *El ser y el tiempo*. México: FCE.
- Heidegger, M. (2006). *Carta sobre el humanismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Heller, A. (1999). *Teoría de los sentimientos*. México: Ediciones Coyoacan S.A. de C.V.
- Larrosa, J. (2003). *La experiencia de la lectura: estudios sobre literatura y formación*. México: FCE.
- Larrosa, J. (2006). Sobre la experiencia. *Aloma: revista de psicología, ciencias de l'educació i de l'esport Blanquerna*(19), 87-112. Obtenido de http://files.practicadesubjetivacion.webnode.es/200000018-9863d9a585/_la_experiencia_Larrosa.pdf
- Lewis, O. (2012). *Los hijos de Sánchez*. México: FCE.

- McEwan , H., & Egan, K. (1998). *La narrativa en la enseñanza, el aprendizaje y la investigación*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Ricoeur, P. (2009). *Educación y política: de la historia personal a la comunión de libertades*. Buenos Aires: Prometeo Libros: Universidad Católica Argentina.
- Skliar, C., & Larrosa, J. (. (2009). *Experiencia y alteridad en educación*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Sparkes, A., & Devis, J. (2007). Investigación narrativa y sus formas de análisis: una visión desde la educación física y el deporte. En W. Moreno, & S. Pulido, *Educación, cuerpo y ciudad. El cuerpo en las interacciones e instituciones sociales* (págs. 43-68). Medellín: Funámbulos Editores.
- Van Manen, M. (2003). *Investigación educativa y experiencia vivida: Ciencia humana para una pedagogía de la acción y la sensibilidad*. Barcelona: Idea Books, S.A.
- Van Manen, M. (2004). *El tono de la enseñanza. El lenguaje de la pedagogía*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A. .

Acerca del autor:

Gabriel Alejandro Álvarez Hernández, licenciado, maestro y doctor en pedagogía por la Facultad de Estudios Superiores Aragón de la UNAM, con una estancia posdoctoral en el Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación (IISUE) de la misma UNAM; diez años de experiencia en docencia universitaria e investigación en el campo educativo; actualmente Profesor de Asignatura en la licenciatura en pedagogía de la FES-Aragón y Profesor Asociado C Medio Tiempo en la Universidad Pedagógica Nacional unidad 096 CDMX Norte; líneas de investigación: procesos formativos en estudiantes universitarios, práctica docente a nivel superior y epistemología y metodologías de la investigación; bases epistemológicas y metodológicas: fenomenología hermenéutica y narrativa.